

míos, si debemos amar esta cruz bendita y el Corazon de donde salió.

—Ahora bien,—continuó— como Jesus nos quiere tanto, nos da una partecica de su pesadísima cruz.

—Por que nos quiere; dice usted?—dijo Toñito.

—Sí, hijo, sí, por que nos quiere, ó si nó, deidme ¿á quien darías la cosa que mas quereis?

—A Jesus,—contestó Toñito.

—Y á mamá—añadió Teresita echándose descuidadamente en sus brazos.

—Pues la cosa que Jesus quiere mas es la cruz, y por esto nos da estas crucecitas que las encontrareis en el mundo con abundancia; por que cuando los niños duermen en la cuna, los angelitos del cielo ponen á su lado una cruz que ya no les deja mas. Si saben llevarla, Jesus les llama sus hermanitos y les lleva al cielo.

—Pero usted me ha dicho que Jesus me habia dado una. dijo Toñito.

—Sí, una aquí en la frente, pero es tan pequeña. . . .

—Sí, llámele usted pequeñita, ¡y me ha salido tanta sangre!

—Pues es muy pequeñita, aunque no será pequeña en su valor si sabes llevarla como Jesus, es decir en el corazon.

—Pero á mí no me duele el corazon, sino la cabeza.

—Pero si estás muy contento de que te due la cabeza, llevarás tambien la cruz en el corazon.

—¡Si! puede estar contento,—dijo Teresita,— á mí me parece que á Toñito le está muy bien lo que le ha sucedido; no hubiese hecho la rareza esa.

Toñito bajó los ojos y pensó si Teresita tendría razon.

—Y piensas tú, hija—contestó su madre,— que los trabajos que nos envía el Señor no los merecemos siempre? Pero eso poco importa, por que si con ellos nos castiga Dios, tambien nos purifica y nos hace mas semejantes á Jesus para que tengamos mas gloria en el cielo.

—Pero si pesa tanto como la de Jesus, que no podia llevarla! observó Toñito.

—¿Qué dices, hijo mio? la cruz que nos envía el Señor aun no pesa como una astillica de la suya; quien la sabe llevar, parece que no le toca siquiera los hombros. Cuando Jesus predicaba, decia muchas veces: «el que quiera venir al cielo en pos de mí, tome su cruz y sígame.» Se cuenta que cierto dia, hallándose en despoblado, sus discipulos le dijeron á Jesus: «Maestro, ¿dónde está nuestra cruz? Entonces Jesus que conocia los trabajos que cada uno habia de sufrir, impuso en los hombros de cada uno de ellos una cruz y les dijo: «seguidme» y empezó á subir la pendiente de un altísimo monte. A la mitad de él San Pedro, que no osaba separarse un negro de uña de su Maestro, díjole: «Señor, mirad que llevais mucha prisa y la gente no puede seguiros.» Volvióse el Señor y vió que algunos hacian esfuerzos inútiles por arrojar la cruz de sus hombros; estos no habian pa-

sado de la falda del monte. Otros subian tristes, arrastrando penosamente la cruz: estos subian, pero sudaban y jadeaban y aun caían algunas veces, razón por la cual hacian muy poco camino. Otros, finalmente, al ver el ejemplo de su Maestro, subian alegres y animados, pareciéndoles ligerísima la cruz que el Señor les había dado, y éstos le seguian de muy cerca. «Señor, continuó San Pedro, muy pesada cruz habeis dado á aquellos pobrecitos, que no pueden con ella.» Pero Jesus, mirando á su apóstol dulcemente, le contestó: Simon, el amor es fuerte, para el que ama, mas, la cruz pesa menos.»

—En el mundo, hijos míos, grande ó pequeña no podemos estar sin cruz: los que la llevan solamente en los hombros y ¡Válgame Dios los que sudan! y ganan muy poco. Los que la llevan tambien en el corazón, ni una paja encuentran tan lijera, y ganan ciento por uno. ¿Quereis, pues, cargar con una crucesita como Jesus?

—Sí, mamá, venga la cruz.

—Grande ó pequeña?

—La que Jesus nos dé.

—¿Ya sabreis llevarla?

—Sí mamá en los hombros ó en el corazón.

—Sí, hijos míos, sí, en el corazón, para que sea semejante al de Jesus.

IV.

Toñito se halla en el balcon de su casa ocupado en merendarse su cacho de pan y la correspondiente ración de fruta, sin advertir la tremolina de truenos y relámpagos que se está preparando sobre su cabeza.

La récia lluvia que rompe de improviso, produciendo en el empedrado de la calle aquel ruido característico de fritada, y la precipitación de los transeuntes para no recibir un solemne chubasco, ponen en conmoción los nervios de Toñito, como si se le hubiese comunicado toda la electricidad de la atmósfera.

—¡Agua! ¡aguaaaa!!!—gritaba Toñito alborozado; y luego cogido con entrambas manos de los hierros del balcon, saltando á compás de una música bastante primitiva, cantaba en tono mas bajo:

Agua, agua
para la frágua,
agua del río
para mi tío,
agua del cielo
para mi abuelo;
para los dos,
¡agua de Dios!!!

—Entrate, Toñito, que voy á cerrar el balcon,—dijo Teresa interrumpiendo á su hermanito en medio de su inspirada copla.

—Yo quiero ver como está lloviendo.

—Para mojar te, ¿eh?

—Aquí no llueve.

—¿No llueve? y á poco vas á quedar calado hasta los huesos.

Toñito, sin hacer caso de la observacion de su hermana, se dispone á empezar otra vez su endecha:

Agua, agua....

¡Toñito! que vas á pillar un costipado y á ponerte malo.—dijo Teresa esforzando la voz para dominar la de su hermano.

—Anda miedosa.

—Sí, miedosa, no te muevas, verás que truenos tan gordos oirás.

—En santiguándome...contestó Toñito, concluyendo la frase con el gesto.

—Pues este balcon se ha de cerrar, señorito, que no ha de pasar la tuya.

—Pues no quiero,—contestó Toñito, no queriendo dar su brazo á torcer.

—Vamos Toñito, no seas tozudo.

—Y tú no seas gruñona.

Un vivo relámpago intervino en la cuestion de los dos niños, que se apresuraron á santiguarse. Teresita iba á cerrar instintivamente el balcon cuando estalló tan horrorosamente el trueno, que á Toñito le pareció que todo el cielo se venía abajo; y sin esperar otro segundo argumento tan ruidoso, abandonó el balcon.

—¡Sí! puede estar contento,—dijo Teresita,—á mí me parece que á Toñito le está muy bien lo que le ha sucedido; no hubiese hecho la rareza esa.

Toñito bajó los ojos y pensó si Teresita tendría razon.

—Y piensas tú, hija—contestó su madre,—que los trabajos que nos envía el Señor no los merecemos siempre? Pero eso poco importa, por que si con ellos nos castiga Dios, tambien nos purifica y nos hace mas semejantes á Jesus para que tengamos mas gloria en el cielo.

—Pero si pesa tanto como la de Jesus, que no podia llevarla! observó Toñito.

—¿Qué dices, hijo mio? la cruz que nos envía el Señor aun no pesa como una astillica de la suya; quien la sabe llevar, parece que no le toca siquiera los hombros. Cuando Jesus predicaba, decia muchas veces: «el que quiera venir al cielo en pos de mí, tome su cruz y sígame.» Se cuenta que cierto dia, hallándose en despoblado, sus discípulos le dijeron á Jesus: «Maestro, ¿dónde está nuestra cruz? Entonces Jesus que conocia los trabajos que cada uno habia de sufrir, impuso en los hombros de cada uno de ellos una cruz y les dijo: «seguidme» y empezó á subir la pendiente de un altísimo monte. A la mitad de él San Pedro, que no osaba separarse un negro de uña de su Maestro, díjole: «Señor, mirad que llevais mucha prisa y la gente no puede seguiros.» Volvióse el Señor y vió que algunos hacian esfuerzos inútiles por arrojar la cruz de sus hombros; estos no habian pa-

sado de la falda del monte. Otros subían tristes, arrastrando penosamente la cruz: estos subían, pero sudaban y jadeaban y aun caían algunas veces, razón por la cual hacían muy poco camino. Otros, finalmente, al ver el ejemplo de su Maestro, subían alegres y animados, pareciéndoles ligerísima la cruz que el Señor les había dado, y estos le seguían de muy cerca. «Señor, continuó San Pedro, muy pesada cruz habeis dado á aquellos pobrecitos, que no pueden con ella.» Pero Jesús, mirando á su apóstol dulcemente, le contestó: Simón, el amor es fuerte, para el que ama, mas, la cruz pesa menos.»

—En el mundo, hijos míos, grande ó pequeña no podemos estar sin cruz: los que la llevan solamente en los hombros y ¡Válgame Dios los que sudan! y ganan muy poco. Los que la llevan también en el corazón, ni una paja encuentran tan lijera, y ganan ciento por uno. ¿Quereis, pues, cargar con una crucesita como Jesús?

—Sí, mamá, venga la cruz.

—Grande ó pequeña?

—La que Jesús nos dé.

—¿Ya sabreis llevarla?

—Sí mamá en los hombros ó en el corazón.

—Sí, hijos míos, sí, en el corazón, para que sea semejante al de Jesús.

IV.

Toñito se halla en el balcon de su casa ocupado en merendarse su cacho de pan y la correspondiente ración de fruta, sin advertir la tremolina de truenos y relámpagos que se está preparando sobre su cabeza.

La récia lluvia que rompe de improviso, produciendo en el empedrado de la calle aquel ruido característico de fritada, y la precipitación de los transeuntes para no recibir un solemne chubasco, ponen en conmoción los nervios de Toñito, como si se le hubiese comunicado toda la electricidad de la atmósfera.

—¡Agua! ¡aguaaaaa!!!—gritaba Toñito alborozado; y luego cogido con entrambas manos de los hierros del balcon, saltando á compás de una música bastante primitiva, cantaba en tono mas bajo:

Agua, agua
para la frágua,
agua del río
para mi tío,
agua del cielo
para mi abuelo;
para los dos,
¡agua de Dios!!!

—Entrate, Toñito, que voy á cerrar el balcon,—dijo Teresa interrumpiendo á su hermanito en medio de su inspirada copla.

—Yo quiero ver como está lloviendo.

—Para mojarle, ¿eh?

—Aquí no llueve.

—¿No llueve? y á poco vas á quedar calado hasta los huesos.

Toñito, sin hacer caso de la observacion de su hermana, se dispone á empezar otra vez su endecha:

Agua, agua....

¡Toñito! que vas á pillar un costipado y á ponerte malo.—dijo Teresa esforzando la voz para dominar la de su hermano.

—Anda miedosa.

—Sí, miedosa, no te muevas, verás que truenos tan gordos oirás.

—En santiguándome...contestó Toñito, concluyendo la frase con el gesto.

—Pues este balcon se ha de cerrar, señorito, que no ha de pasar la tuya.

—Pues no quiero,—contestó Toñito, no queriendo dar su brazo á torcer.

—Vamos Toñito, no seas tozudo.

—Y tú no seas gruñona.

Un vivo relámpago intervino en la cuestion de los dos niños, que se apresuraron á santiguarse. Teresita iba á cerrar instintivamente el balcon cuando estalló tan horrorosamente el trueno, que á Toñito le pareció que todo el cielo se venía abajo; y sin esperar otro segundo argumento tan ruidoso, abandonó el balcon.

glesia, y se dice que nació de su sacratísimo costado, miéntras nuestro Salvador dormía el sueño de la muerte en el lecho de la cruz. Esta llaga, es, pues, hijos míos, la fuente que nos lava de las manchas del pecado.

—Y sin ella todos seríamos moros, ¿no mamá?—interrumpió Toñito—Cabal.

—Y justamente,—prosiguió la madre sonriéndose de la interrupción de su hijo,—es la puerta por donde la Iglesia salió del Sagrado Corazon de Jesus, que por esto la quiere tanto.

—Y no dice usted, mamá, que salió del Corazon de Jesus, mezclada agua con sangre preguntó Teresa?

—Sí, hija mía, por qué lo preguntas.

—Como aquella agua era para lavarnos.....

—Ya te entiendo, y á tí te gusta lavarte en agua limpia y pura.... eh

—Bien...ya verá usted...yo...—balbuceaba Teresita medio sonrojada.

—Mira, hija mía, el agua solo puede lavar el cuerpo, pero no tiene virtud en sí misma para lavar el alma; esta virtud la tiene el agua por la bendita sangre de Jesucristo; porque los pecados con sangre se lavan y se perdonan, no de otro modo. He aquí por qué el Corazon de Jesus quiso darnos agua y sangre para nuestro remedio; y miradlo bien, que nos dió estas cosas cuando estaba ya muerto, como para decirnos que este don le habia costado la vida.

—¡Pobre Jesus!—dijo Toñito—¿y dice usted que esta llaga nunca mas se ha cerrado?

—Ni se cerrará.—¿Y siempre, siempre está

abierto el Corazon de Jesus?

Siempre hijo mio, aun en el cielo tiene Jesu-
cristo en su pecho abierta esta llaga, para que
á todas horas podamos entrar por ella á re-
fugiarnos en el Corazon de Jesus.

— Y por ella podremos entrar dentro --
replicó Toñito.

— Sí, hijo mio, qué duda tiene

— Como la llaga es tan estrecha.....

= ¡Dios mío! la quereis aun mas ancha

— Lo digo porque este pajarito apenas pa-
saría por ella.

— No ves que esto es pintado---dijo Teresita.

Verdad es, contestó la madre con-
tando á Toñito, el pajarito no pasaria, pero
pueden pasar mil almas de una sola vez.

Y el alma no es como un pajarito pre-
guntó Toñito candorosamente.

Figúrate que sí, contestó la madre, es
como un pajarito muy vivo que entra por to-
das partes y no ocupa lugar.

= Y todas las almas caben en el corazon de
Jesus, mamá, preguntó Teresa.

Todas caben; pero desgraciadamente mu-
chas no quieren entrar allí.

Yo sí quiero mamá, dijo Toñito.

También yo, y los tres estaremos allí
abrazaditos, ¡eh! añadió Teresa.

Abrazados con Jesus, hijos míos, con-
testó la madre estrechando entrambos niños
contra su pecho.

¡Qué bien deben estar las almas en el Co-
razon de Jesus! ¿verdad mamá? preguntó

Toñito.

Figuraos si han de estar bien, ¿no habeis vis-
to nunca los polluelos de una gallina descan-
sando bajo sus alas?

— ¡Qué bien deben estar las almas en el cora-
zón de Jesus! ¿verdad mamá?—preguntó Toñito.

— Sí, mamá, están tan quietitos, ¿eh?—con-
testó Teresa.

— Y se asoman por debajo de las alas, tan
contentos... ¡vaya de polluelos! qué bien deben
estar allí;—añadió Toñito.

— Y vosotros, ¿no estais bien aqui?
preguntoles sonriendo su madre.

— Si, mamá, muy bien,--contestaron los niños.

— Pues infinitamente mejor se está en el cora-
zón de Jesus: ¿qué importa desde allí los truenos
y rayos y tempestades, y la gritería del mun-
do? Nada absolutamente, no produce otra im-
presion que conocer mas y mas la seguridad
en que se halla el alma en aquel lugar de refu-
gio. ¿No os acordais de lo que os expliqué
cierto día acerca del diluvio universal?

— Yo me acuerdo, mamá.—dijo Toñito.—Un
señor que se llamaba.... se llamaba.... te
acuerdas como se llamaba, Teresita?

— No se si Nuez, ó una cosa así,— contestó
Teresa.

— Que Nuez calabaza! No...é,—dijo la ma-
dre recalcando las sílabas.

— Justo,= continuó Toñito,—el señor Noé hi-
zo una casa muy grande de madera, se metió
dentro con su familia, y cerrando las puertas
y ventanas.....

—Te dejas los animalitos, Toñito—interrumpió Teresa.

—No hacían falta,—contestó Toñito para hacer rabiar á su hermana.

—¿Cómo no! A tí no te la hubieran hecho, como que no tienes compasion de ellos.

—Pues vamos,—prosiguió Toñito,—entraron los animalitos tambien y entonces empezó á llover, llueve que lloverás, llueve que lloverás, hasta que todos se ahogaron menos el señor Noé y sus hijos.

—Pues bien, hijos míos,—contestó la madre,

—en el mundo hay un diluvio, no de agua, sino de carne y de pecados, y rugen las pasiones de los hombres, y levantan tempestades, y el infierno amenaza con truenos y relámpagos. ¿Qué sería de nosotros si no tuviésemos una arca como la de Noé, para refugiarnos?

—Nos ahogáramos como aquellos hombres del diluvio, ¿verdad, mamá?

—Y peor, porque nos ahogáramos en las aguas del pecado y de la desesperación.

—¿Y en el Corazón de Jesus no nos sucederá eso?

—¡Nunca!

—Entonces, ¡al Corazón de Jesus!—dijo Toñito.

—Sí, ¡al Corazón de Jesus todos juntitos!—añadió Teresa.

—Y ahora,—dijo la madre,—¿qué vamos á hacer del pobre prisionero?

—Mire usted que visita hace,—dijo Teresa acariciándole,—¡chirrito!

—No os parece,—dijo mamá con sorna,—que lo mejor sería merendárselo?

—No, ¡pobrecito!—Contestaron ambos niños.

—¿Y por qué no?

—Porque..... porque.....—balbuceaban mirándose uno á otro para pedir ayuda.

—Pues á matarlo,—insistió para apurarles.

—No, mamá,—decía Toñito,—el ha entrado aquí para huir de la tempestad y.....

—Y se ha dirigido al Corazón de Jesus,—añadió Teresa,—y usted dice que nos ha dado ejemplo.

—Y el Corazón de Jesus, si nos acogemos á él, nos hace muchos bienes, y nosotros á los pajaritos que se acogen á nuestra casa no debemos hacerles mal.

—Muy bien,—contestó la madre,—y ¿te parece, Toñito, que es hacerle bien, atarle un hilo en la patita y dejarle volar un poquito para que cuando le parezca que está libre se encuentre otra vez preso?

—Yo lo decía porque..... porque hubiéramos jugado,—contestó Toñito.

—Y te parece, Teresita,—continuó,—si estará contento de estar en una jaula, por bonita que sea, para morir de pena al ver que no puede volar por los aires como ha volado siempre?

—Yo no quiero que se muera,—contestó Teresa.

—¿Pues qué vamos á hacer de él?

—Lo que usted quiera, mamá,—contestaron entrambos.

¿Lo que vosotros queráis.

—Soltámosle, Toñito? preguntó Teresa á su hermano.

—Soltémosle,—contestó Toñito abriendo el balcon,—atención mamá. A la luna..... á las dos.....á las tres!!

—¡Adios pajarillo!

V.

—¡Mamá! ¡Mamá!—gritan los dos niños entrando alborozados en la habitación.

—Gracias á Dios,—suspiró la madre sin poder contener la alegría que retozaba en su pecho, al oír las voces atipladas de sus hijos, que no habia oído hacía á lo menos dos horas.

—Mire usted ¡cuántas flores!—dijo Teresa soltando las puntitas de su delantal y dejando caer su haldadita en el regazo de su madre. Toñito entre tanto le daba á oler un ramillete que por una especie de milagro se habia conservado íntegro en sus manos.

¡Jesus! ¡qué hermosura de flores! y ¡qué fragancia!

—Tia Juana nos ha dejado coger todas las que hemos querido,—dijo Teresa,—¡las hay en el jardin!—¡Virgen pura! ¿Nos dejará usted volver otra tarde?

—Veremos; si sois muy buenos.....

—Sí, lo seremos siempre mamá,—contestaron entrambos.

—Tanto mejor: pero antes habeis de decir lo que habeis hecho en el jardin.

—Hemos cogido flores.

- ¿Y qué más?
—Fruta, pero muy poca.
—¿Y qué habeis hecho más?
—Toñito ha hecho una rareza, quería subir á los árboles para coger nidos.
—Pero no he subido, ¿oyes?—contestó picadito el interpelado.
—¡Pchit!! cuidado con los humos esos. Pero ¿no habeis hecho nada más?
Los niños se miraron entre sí y se encogieron de hombros.
—Pues entonces,—continuó la madre,—no volveis al jardin. Pensadlo bien.
Diciendo estas palabras se levantó dejando á los niños viendo visiones.
—Tú debes haber hecho alguna travesura, Toñito,—dijo su hermana despues de un rato,—y mamá lo sabe.
—Como puede saberlo, ¿eh?
—¡Toma! algun pajarito lo habrá visto.
—Pues el tal pajarito no ha dicho verdad.
—¿De veras no has hecho nada?
—De veras, mira.....—y cruzando ambos índices beso por uno y otro lado aquella cruz improvisada.
—¡Hay si mamá sabe que has jurado!
—¿Pues si tú no quieres creerme?
Sí te creo; pero entonces, no sé qué es lo que quiere decir mamá.
—Tal vez porque no le hemos traído alguna fruta.
—Calla, tontico, ¿no ves que nunca come y dice que nada le gusta?

- Pues no sé.
—Piénsalo zopenco,—dijo Teresa, saliendo de sus casillas.
Toñito no se apercibió ya de la expresión de su hermana, porque con la manecilla de tras de la oreja, buscaba no sé que órgano de la memoria, y habiendo levantado los ojos sin direccion fija, se habia encontrado con la mirada dulce y atractiva de Jesus. Esta vez le pareció que Jesus le reprendia, y dijo á su hermana:
—Ya lo sé mira.....
—¿Qué he de mirar?
—Jesus.....
—Pero ¿qué?
—No hemos pensado en él en toda la tarde y mamá nos va á reñir.
—Y tienes razon, que no hemos pensado. Pero ¡calla! dile á mamá que sí.
—Y diria una mentira, ¿eh?dícelo tú.
—Mejor será que no se lo digamos.
—¡Claro! nos saldría una mancha en los labios.....
—Y no podriamos besar á Jesus.
—Y siete años en el purgatorio.
—Pues ¿cómo nos arreglamos para que mamá nos deje?
—Tal vez prometiéndole que otro dia pensaremos en Jesus.....
—¡Um!! qué sé yo.
—Sí, tonta, se lo pediremos á Jesus y verás...
—¡Calla! tienes razon... ahora mismo. Arro-
dillate, Toñito, y recemos un Padre nuestro.
Barbera.—7.

—¿Cómo uno? dos: el uno porque no hemos pensado hoy; y el otro para que mamá nos deje ir otro día.

—Justo,—estoy segura que nos dejará.

Los niños se postraron ante la imágen de Jesus con los brazos cruzaditos sobre el pecho y alzando los ojos al cuadro rezaron los dos Padre nuestros. Al levantarse apareció otra vez su madre haciéndose la disimulada, á pesar de que habia oído la conversación de pe á pa.

—Mamá,—dijo Teresita acercándose entre la confianza y el temor,—mire usted lo que dice Toñito.

—¿Qué dice?

—Que.....otro día si nos deja usted ir al jardín de tía Juana.....

—Acaba.

—Nos acordamos de Jesus.

—Con que ¿hoy no os habeis acordado?—dijo la madre con alguna severidad.

—Ya le hemos pedido perdon,—contestó Toñito con acento compungido.

—¡Vaya!—continuó la madre,—estar toda la tarde divirtiéndose entre flores, sin acordarse de Jesus! ¿Tanto os costaba entrar en aquel dulce Corazon y estaros allí un ratito pensando en sus flores ó en sus espinas?

—Pero, si yo no sé como se hace para estar en el Corazón de Jesus?—contestó Toñito.

—¡Oye! ¿qué hacias en el jardín?

—Miraba lo que en él habia.

—Pues, para estar en el Corazón de Jesus se mira tambien lo que hay dentro de él.

—Pero aquí solo se vé lo que hay fuera,—dijo Toñito señalando el cuadro.

—Pero los que quieren á Jesus no deben contentarse con ver lo que está fuera, sino que deben ver lo que está dentro. ¿No te acuerdas de lo que hiciste un dia con aquella muñeca de tu hermana, que apretándole el pecho lloraba?

—Sí, contestó Teresa,—buena cuenta dió de ella, pues no paró hasta haberla destrozado para ver lo que tenia en el pecho que la hacía gruñir.

—Ved ahí, pues, la santa curiosidad que debemos tener todos, para ver lo que se esconde en el Divino Corazón de Jesus; si no lo conocemos ¿cómo podremos hacer que nuestro corazón se conforme al suyo?

—Pero mire usted, mamá, que el Corazón de Jesus es tan oscuro que no se puede ver nada, respondió Toñito.

¿Quién ha dicho que está oscuro?

—A mi me lo parece.

—Calla, simplon, ¿puede haber oscuridad en el sol, ó puede haber tinieblas donde hay la fuente de toda luz? pues el sol de la gracia y la luz de las almas es este Corazón divino.

—Mire usted que dice Toñito,—observó Teresa,—como sino viese cuantos resplandores despide.

—Si los veo pero son por de fuera y ah ora se trata de lo que hay dentro.

—Por dentro y por fuera es tan resplandeciente y luminoso el Corazón de Jesús, que en la tierra no podemos tener una idea aproximada aunque la comparemos con la luz del sol: y en el cielo, hijos míos, donde no hay otro sol ni otra luz que el mismo Dios, uno de los focos de esta luz es este Corazón divino, porque Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre, está, bajo este concepto, envuelto en aquel piélagos de luz que inunda el tabernáculo de la Trinidad Santísima. ¡Ah, hijos míos! Si hubiésemos visto una sola vez la luz y resplandor del cielo! Toda esta luz que llena los espacios nos parecería tan sucia y tenebrosa que cerráramos los ojos y no la quisiéramos ver más.

—¿Tan hermoso es el Corazón de Jesús, mamá?

—Es nada lo que digo. Figuraos que el Corazón de Jesús es el Corazón de Dios, como este corazoncito que teneis aquí dentro, es nuestro Corazón: ahora bien, si suponeis que aquí en esta sala se ha metido el mismo sol que hay en el cielo, qué luz tan grande habría en ella!

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! nos achicharraba,—dijo Toñito.

—No nos podríamos estar aquí,—añadió su hermana.

—Pues si no solamente el sol se hubiese metido en esta sala sino que todas las paredes y muebles se hubiesen convertido en sol de manera que cada cosa de estas diese la misma luz que este astro del día, y fuesen á manera

de decir, otros tantos soles: mirad entonces si sería esta sala un mar de luz.

Ahora os quiero preguntar ¿quién es mas resplandeciente Dios ó el sol?

—Dios, cien veces más,—contestó Teresa.

—Mas de mil también,—repuso Toñito,—porque Dios ha criado el sol. ¿no, mamá?

—Pues si Dios no solamente habita en el Corazón de Jesús, sino que se lo apropió, de suerte que es ya Corazón suyo, Corazón de Dios, y todo lo que en él hay, hasta una gota de sangre, pertenece á Dios y es de Dios, y de Dios recibe la divinidad y la gloria y el poder y el honor, ¿qué mar de luz divina ha de inundarle?

—Ya ves, pues, Toñito,—continuó la madre,—si dista mucho de estar el alma á oscuras en el Corazón de Jesús. Imagina que al entrar en el Corazón de Jesús se encuentra nuestra alma envuelta en esta luz dichosísima que sale de todas las partes y de todos los lados de este divino Corazón, y teneis ya lo primero que se necesita para indagar y descubrir lo que en él se esconde.

